

CAPÍTULO VIGÉSIMO SÉPTIMO

aquí llevo yo espada para defenderte con ella o matarme si la suerte nos fuere contraria". No creo que pudo oír todas estas razones, porque sentí que la llamaban apriesa, porque el desposado aguardaba. Cerrose con esto la noche de mi tristeza, púsoseme el sol de mi alegría, quedé sin luz en los ojos y sin discurso en el entendimiento. No acertaba a entrar en su casa, ni podía moverme a parte alguna; pero, considerando cuánto importaba mi presencia para lo que suceder pudiese en aquel caso, me animé lo más que pude y entré en su casa. Y como ya sabía muy bien todas sus entradas y salidas, y más con el alboroto que de secreto en ella andaba, nadie me echó de ver; así que sin ser visto tuve lugar de ponerme en el hueco que hacía una ventana de la misma sala, que con las puntas y remates de dos tapices se cubría, por entre las cuales podía yo ver, sin ser visto, todo cuanto en la sala se hacía. ¿Quién pudiera decir ahora los sobresaltos que me dio el corazón mientras allí estuve, los pensamientos que me ocurrieron, las consideraciones que hice, que fueron tantas y tales, que ni se pueden decir ni aun es bien que se digan? Basta que sepáis que el desposado entró en

2

la sala sin otro adorno que los mismos vestidos ordinarios que solía. Traía por padrino a un primo hermano de Lusinda, y en toda la sala no había persona de fuera, sino los criados de casa. De allí a un poco salió de una recámara Lusinda, acompañada de su madre y de dos doncellas suyas, tan bien aderezada y compuesta como su calidad y hermosura merecían, y como ~~quiera~~, era la perfección de la gala y bizarría cortesana. No me dio lugar mi suspensión y arrobamiento para que mirase y notase en particular lo que traía vestido: sólo pude advertir a los colores, que eran en carnado y blanco, y en las vislumbres que las piedras y joyas del tocado y de todo el vestido hacían, a todo lo cual se aventajaba la belleza singular de sus hermosos y rubios cabellos, tales, que, en competencia de las preciosas piedras y de las luces de cuatro hachas que en la sala estaban, la suya con más resplandor a los ojos ofrecían ¡Oh memoria, enemiga mortal de mi descanso! ¿De qué sirve representarme ahora la incomparable belleza de aquella adorada enemiga mía? ¿No será mejor, cruel memoria, que me acuerdes y representes lo

CAPÍTULO VIGÉSIMO SÉPTIMO

lo que entonces hizo, para que, movido de tan manifiesto agravio, procure, ya que no la venganza, a lo menos perder la vida? No os canséis, señores, de oír estas digestiones que hago, que no es mi pena de aquellas que puedan ni deban contarse sucintamente y de paso, pues cada circunstancia suya me parece a mí que es digna de un largo discurso.

A esto le respondió el cura y no solo se cansaba de oírle, sino que les daba mucho gusto las menudencias que contaba, por ser tales, que merecían no pasarse en silencio, y la misma atención que lo principal del cuento.

«Digo, pues — prosiguió Cardenio —, que estando todos en la sala, entró el cura de la parroquia y, tomando a los dos por la mano para hacer lo que en tal acto se requiere, al decir: «Queréis, señora Luscinda, al señor don Fernando, que está presente, por vuestro legítimo esposo, como lo manda la Santa Madre Iglesia?» yo saqué toda la cabeza y cuello entre los tapices y con atentísimos oídos y alma turbada me puse a escuchar lo que Luscinda respondía, esperando de su respuesta la sentencia de mi muerte o la confirmación de mi vida. ¡Oh, quién se atrevería a salir entonces; diciendo a voces! Ah, Luscinda, Luscinda! Mira lo que haces, considera lo que me debes, mira que eres mía y que no puedes ser de otro. Advuente que el decir sí y el acabármeme la vida ha de ser todo a un punto. ¡Ah,

(4)

CAPÍTULO VIGÉSIMO SÉPTIMO

traidor don Fernando, robador de mi gloria, muerte de mi vida! ¡Qué quieres? ¡Qué pretendes? Considera que no puedes cristianamente llegar al fin de tus deseos, porque Lusinda es mi esposa y yo soy su marido». ¡Ah, loco de mí! ¡Ahora que estoy ausente y lejos del peligro, digo que había que hacer lo que no hice! ¡Ahora que dejé robar mi cara prenda, maldigo al robador, de quien pudiera vengarme si tuviera corazón para ello, como le tengo para quejarme! En fin, pues fui entonces cobarde y necio, no es mucho que muera ahora, corrido, arrepentido y loco. Estaba esperando el cura la respuesta de Lusinda, que se detuvo un buen espacio endarla, y cuando yo pensé que sacaba la daga para acreditarse o sacaba la lengua para decir la verdad o desengaño que en mi provecho deducirse, oigo que dijo con voz desmayada y blaca «Sí quiero», y lo mismo dijo don Fernando; y, dándole el anillo, quedaron en disoluble nudo ligados. Llegó el desposado a abrazar a su esposa, y ella, poniéndose la mano sobre el corazón, cayó desmayada en los brazos de su madre. Resta ahora cuál quedé yo viendo en el sí que había oído burladas mis esperanzas, burlas la palabras y promesas de Lusinda, imposibilitando de cobrar en algún tiempo el bien que en aquel instante había perdido; quedé salto de consejo, desamparado, a mi parecer, de todo

CAPÍTULO VIGÉSIMO SÉPTIMO

el cielo, hecho enemigo de la tierra que me sustentaba, negándome el aire aliento para mi suspiros, y el agua humor para mis ojos; sólo el fuego se acrecentó, de manera, que todo ardía de rabia y celos. Alborotándose todos con el desmayo de Lusinda, y, desabrochándole su madre el pecho para que le diese el aire, se descubrió en él un papel cerrado, que don Fernando tomó luego y se puso a leer a la luz de una de las hachas; y, en acabado de leerle, se sentó en una silla y se puso la mano en la mejilla, con muestras de hombre muy pensativo, sin acudir a los remedios que a su esposa se hacían para que del desmayo volviese. Yo, viendo alborotada toda la gente de casa, me aventuré a salir, ora fuese visto o no, con determinación que, si me viesen, de hacer un destino tal, que todo el mundo viniera a entender la justa indignación de mi pecho en el castigo del falso don Fernando, y aun en el miserable de desmayada triador. Pero mi suerte, que para mayores males, si es posible que los haya, me debe tener guardado, ordenó que en aquel punto me sobrase el entendimiento que después acá me ha saltado; y así, sin querer tomar venganza de mis mayores enemigos (que, por estar tanto sin pensamiento mío, fuera fácil tomarla), quise tomarla de mí mismo y ejecutar en mí la pena que ellos merecen, y aun quizá con más rigor del que ellos se usara, quise tomarla de mí mismo

6

CAPITULO VIGÉSIMO SÉPTIMO

y ejecutar en mí la pena que ellos merecían, y aun quizá con mi rigor del que con ellos se usara, si entonces les diera muerte, pues la que se recibe repentina presto acaba la pena, mas la que se dilata con tormentos siempre mata sin acabar la vida. En fin, yo salí de aquella casa y vine a la de aquel donde había dejado la mula; hice que me la ensillase, sin despedirme de él subí en ella, y salí de la ciudad, sin osar, como otro Lot, volver el rostro a miralla; y cuando me vi en el campo solo, y que la oscuridad de la noche me encubría y su silencio convidaba a quejarme, sin respeto o miedo de ser escuchado ni conocido, solté la voz y desaté la lengua en tantas maldiciones de Luscinda y de Don Fernando como si con ellas satisficiera agravio que me habían hecho. Dile títulos de cruel, de ingrata, de falsa y desagradecida, pero sobre todos de codiciosa, pues la riqueza de mi enemigo la había cerrado los ojos de la voluntad, para quitármela a mí y entregarla a aquel con quien más liberal y franca la fortuna

CAPÍTULO VIGÉSIMO SÉPTIMO

se había mostrado; y en mitad de la fuga de estas maldiciones y vituperios, la disculpaba diciendo que no era mucho que una doncella recogida en casa de sus padres, hecha y acostumbrada siempre a obedecerlos, hubiese querido condescender con su gusto, pues le daban por esposo a un caballero tan principal, tan rico y tan gentilhombre, que a no querer recibirle, se podía pensar o que no tenía juicio o que en otra parte tenía la voluntad, cosa que redundaba tan en perjuicio de su buena opinión y fama. Luego volvía diciendo que, puesto que ella dijera, que yo era su esposo, vieran ellos que no habían hecho en escogerme tan mala elección, que no la disculparan, pues antes de ofrecerseles don Fernando no pudieran ellos mismos acertar a desear, si con razón midiesen su deseo, otro mejor que yo para esposo de su hija; y que bien pudiera ella, antes de ponerse en el trance forzoso y último de dar la mano, decir que ya yo le había dado la mía: que yo viniera y concediera con todo cuanto ella acertara a fingir en este caso. En fin, me resolví en que poco amor, poco juicio, mucha ambición y deseos de grandezas hicieron que se olvidase de las palabras con que me había engañado, entretenido y sustentado en mis firmes esperanzas y

(8)

CAPÍTULO VIGÉSIMO SÉPTIMO
honestos deseos. Con estas voces y con esta inquietud caminé lo que quedaba de aquella noche y di al amanecer en una entrada de estas sierras, por las cuales caminé otros tres días, sin senda ni camino alguno, hasta que vine a parar a unos prados, que no sé a qué mano de estas montañas caen, y allí pregunté a unos ganaderos que hacia donde era lo más apreto de estas sierras. Dijéronme que hacia esta parte. Luego me encaminé a ella, con intención de acabar aquí la vida y, en entrando por estas asperezas, del cansancio y de la hambre se cayó mi mula muerta, o, lo que yo más creo, por desear de si tan inútil carga como en mí llevaba. Yo quedé a pie, rendido de la naturaleza, traspassado de hambre, sin tener ni pensar buscar quien me socorriese. De aquella manera estuve no sé qué tiempo, tendido en el suelo, al cabo del cual me levanté sin hambre y hallé junto a mí a unos cabreros, que sin duda debieron ser los que mi necesidad remediaron, porque ellos me dijeron de la manera que habían hallado, y como estaba diciendo tantos disparates y desatinos, que daba indicios claros de haber perdido el juicio; y yo he sentido en mí después acá que no todas veces le tengo cabal, sino tan desmembrado y flaco, que hago mil locuras, rasgándome los vestidos, dando voces por estas soledades, maldiciendo mi ventura y repitiendo en vano el nombre

CAPÍTULO VIGÉSIMO SÉPTIMO

amado de mi enemiga, sin tener otro discurso ni intento entonces que procurar acabar la vida vocando; y en cuando en mí vuelvo me hallo tan cansado y molido, que apenas puedo moverme. Mi más común habitación es el hueco de un alcornoque, capaz de cubrir este miserable cuerpo. Los vaquecos y cabreco, que andan por estas montañas, movidos de caridad, me sustentan, poniéndome el manjar por los caminos y por las peñas por donde entienden que acaso podré pasar y hallarlo; y así, aunque entonces me falte el juicio, la necesidad natural me da a conocer el mantenimiento y despierta en mí el deseo de apetecerlo y la voluntad de tomarlo. Otras veces me dicen ellos, cuando me encuentran con juicio, que yo salgo de los caminos y que se lo quita con fuerza, aunque me lo den de grado, a los pastores que vienen con ello del lugar a las majadas. De esta manera paso mi miserable y extrema vida, hasta que el cielo sea servido de conducirla a su último fin, o de ponerle en mi memoria, para que no me acuerde de la hermosura y de la traición de Lucinda y del agravio de don Fernando; que si esto él hace sin quitarme la vida, yo volveré a mejor discurso mis pensamientos; donde no, no hay sino rogable que absolutamente tenga misericordia de mi alma, que yo no siento en mí valor ni fuerzas para sacar el cuerpo de esta estrechez en que por mi gusto he querido ponerle. Ésta es, ¡oh señores!, la amarga historia de mi desgracia: decidme si es tal, que pueda

CAPÍTULO VIGÉSIMO SÉPTIMO
 celebrarse con sentimientos que los que en mí
 habéis visto, y no os canséis en persuadirme ni
 aconsejarme lo que la razón os dijere que puede ser
 bueno para mi remedio, porque ha de aprovechar con-
 migo lo que aprovecha la medicina recetada de
 famoso médico al enfermo que recibir no la quiere.
 Yo no quiero salud sin *Luscinda*; y pues ella gustó
 de ser ajena, siendo o debiendo ser mía, gusté yo
 de ser la desventura, pudiendo haber sido de la
 buena dicha. Ella quiso con su mudanza hacer
 estable mi perdición; yo querré, con procurar
 perderme, hacer contenta su voluntad, y será
 ejemplo a los por venir de que a mí solo faltó
 lo que a todos los desdichados sobra, a los cuales
 suele ser consuelo la imposibilidad de tenerle,
 y en mí es causa de mayores sentimientos y
 males, porque aun pienso que no se han de
 acabar con la muerte.

Aquí dio fin Cardenio a su larga plática y tan
 desdichada como amorosa historia; y al tiempo
 que el cura se prevenía para decirle algunas
 razones de consuelo, le suspendió una voz que
 llegó a sus oídos, que en lastimados oyeron que
 decía lo que se dirá en la cuarta parte de esta

CAPÍTULO VIGÉSIMO SÉPTIMO

narración, que en este punto dio fin a la tercera
el sabio y atentado historiador Cide Hamete
Benengeli.



Cuaderno 28 (Aquí ilustración del capítulo 27) es del 28 "maja"

CAPÍTULO XXVIII

Que trata de la nueva y agradable aventura que al cura y barbero sucedió en la misma sierra

Felicitísimos y venturosos fueron los tiempos donde se echó al mundo el aduacísimo caballero don Quijote de la Mancha, pues por haber tenido tan honrosa determinación como fue el querer resucitar y volver al mundo la ya perdida y casi muerta orden de la andante caballería gozamos ahora en nuestra edad, necesitada de alegres entretenimientos, no sólo de la dulzura de su verdadera historia, sino de las cuentos y episodios de ella, que en parte no son menos agradables y artificiosos y verdaderos que la misma historia; la cual prosiguiendo su rastrillado, torcido y aspado hilo, cuenta que así como el cura comenzó a prevenirse para consolar a Cardenio, lo impidió una voz que llegó a sus oídos, que, con tristes acentos, decía de esta manera:

-¡Ay, Dios! ¡Si será posible que he ya hallado lugar que pueda servir de escondida sepultura a la carga pesada de este cuerpo que tan contra mi voluntad sostengo! Si será, si la soledad que prometen estas sierras no me miente. ¡Ay, desdichada, y cuán más

CAPÍTULO VIGÉSIMO OCTAVO

agradable compañía harán estos riesgos y malezas a mi intención, pues me darán lugar para que con quejas comunique mi desgracia al cielo, que no la de ningún hombre humano, pues no hay ninguno en la tierra de quien se pueda esperar consejo en las dudas, alivio en las quejas, ni remedios en los males!

Todas estas razones oyeron y percibieron el cura y los que con él estaban, y por parecerles, como ello era, que allí junto las decían, se levantaron a buscar el dueño, y no hubieron andado veinte pasos, cuando detrás de un peñasco vieron sentado al pie de un gresno a un mozo vestido como labrador, al cual, por tener inclinado el rostro, a causa de que se lavaba los pies en el arroyo que por allí corría, no se le pudieron ver por entonces, y ellos llegaron con tanto silencio, que de él no fueron sentidos, ni él estaba a otra cosa atento que a lavarse los pies, que eran tales, que no parecían sino dos pedruzcos de blanco cristal que entre las otras piedras del arroyo se habían nacido. Susperdió la blancura y belleza de los pies, pareciéndoles que no estaban hechos a pisar terrenos,

CAPÍTULO VIGÉSIMO OCTAVO

ni a andar tras el azado y los bueyes, como mostaba el hábito de su dueño; y así, viendo que no habían sido sentidos, el cura, que iba delante, hizo señas a los otros dos que se agazapasen o escondiesen detrás de unos pedazos de peña que allí había, y así lo hicieron todos, mirando con atención lo que el mozo hacía, el cual traía puesto un capotillo paño de dos haldas, muy ceñido al cuerpo con una toalla blanca. Traía así mismo unos calzones y polainas de paño paño, y en la cabeza una montera paño. Tenía las polainas levantadas hasta la mitad de la pierna, que sin duda alguna de blanco alabastro parecía. Acabose de lavar los hermosos pies, y luego, con un paño de tocay, que sacó debajo de la montera, se los limpió; y al que vez quitásele, alzó el zostzo, y tuvieron lugar los que mirándole estaban de vez una hermosura incomparable, tal, que Cardenio dijo al cura, con voz baja:

- Ésta, ya que no es Lucinda, no es persona humana, sino divina.

El mozo se quitó la montera y, sacudiendo la cabeza a una y otra parte, se comenzaron a descogez y desparuz unos cabellos que pudieran los del sol tenerles envidia. Con esto conocieron que el que parecía labrador era mujer, y delicada, y aun la más hermosa que hasta entonces que los ojos de los dos habían visto, y aun los de Cardenio si no

CAPÍTULO VIGÉSIMO OCTAVO

hubieran mirado y conocido a Lusinda: que después afirmó que sola la belleza de Lusinda podría contender con aquélla. Los luengos y rubios cabellos no sólo le cubrieron las espaldas, mas toda en torno la escondieron debajode ellos, que si no eran los pies, ninguna otra cosa de su cuerpo se parecía: tales y tantos eran. En esto les sirvió de peine unas manos, que si los pies en el agua habían parecido pedazos de cristal, las manos en los cabellos semejaban pedazos de apretada nieve; todo lo cual en más admiración y en más deseo de saber quién era ponía a los tres que la miraban.

Por esto determinaron de mostrarse; y al movimiento que hicieron de ponerse en pie, la hermosa moza alzó la cabeza y, apartándose los cabellos de delante de los ojos con entrambas manos, miró los que el ruido hacían, y apenas los hubo visto, cuando se levantó en pie y, sin aguardar a calzarse ni a recoger los cabellos, asió con mucha presteza un bulto, como de ropa, que junto a sí tenía, y quiso ponerse en huida, llena de turbación y sobresalto; mas no hubo dado seis pasos, cuando, no pudiendo sufrir los delicados pies la aspereza de las piedras, dio consigo en el suelo. Lo cual visto por los tres, salieron a ella, y